

RAMON EXPOSITO, PINTOR
(O DE CÓMO SE LE OCURRIÓ A DIOS HACER RAMBLAS EN ALMERIA)

Santiago Alba Rico, escritor.-

El mundo está demasiado cerca y el pintor lo *aleja un poco* para que lo veamos.

El mundo es una latencia; el pintor lo saca de su desmayo y lo resucita a la intemperie.

El mundo es un telón y el pintor se encarga de levantarlo.

El mundo es muy pequeño y el pintor lo reduce -un lienzo- a un espacio más grande.

El mundo es ilimitado, rápido, fluido, y el pintor le enseña dónde tiene que pararse y hasta dónde tiene que llegar.

El mundo está a punto de borrarse y el pintor le sostiene los colores.

El mundo es una copia y el pintor nos devuelve los originales.

Así era, al menos, mientras la pintura existió como arte de lo visible y maña de la presencia. ¿Por qué los hombres habrían de empeñarse durante siglos en "recolocar" las cosas -cuerpos, paisajes, figuras- ante los ojos? ¿De dónde esa obsesión por repetir fuera de lugar lo que ya existe *en su propio espacio*? ¿A qué viene esta necesidad de volver a ver *en otro sitio* lo que ya tenemos delante de la vista? ¿Y qué significa aún esta comparecencia de la botella sobre la mesa o del árbol contra la tapia en una época en la que la necesidad de repetir el mundo se ha visto desplazada por la necesidad más bien de renovar, aumentar, multiplicar y acelerar sus imágenes? ¿Y qué significa que, muerta quizás para siempre la pintura, la hayan sobrevivido sin embargo algunos pintores?

En una época en la que los llamados artistas rentabilizan hasta el agotamiento la muerte del arte; en la que la jerarquía del genio ha sido sustituida por la jerarquía, mucho más severa y arbitraria, del comisario y el galerista; en la que nadie cree en nada, pero todos reclaman ser admirados y recompensados por su escepticismo; en la que todo vale para aquéllos a los que el mercado ha concedido el "derecho a la ocurrencia" (el "se me ha ocurrido" en lugar del "ha sucedido" de Whistler); en la que, en fin, nos hemos quedado sin criterios para distinguir objetivamente una farsa de una obra, en la que el Museo, la Instalación, el Parque Temático y el Carrefour se prestan recíprocamente sus valores y sus emociones y en la que todo pasa tan deprisa que *todo ha pasado ya* antes de empezar a pasar; en esta época, digo, conozco todavía un pintor, que es como decir que conozco un auriga griego o un fabricante de sables.

Al menos en dos ocasiones los periódicos se han ocupado de Ramón Expósito como de un caso exótico: el mecánico pintor, el reparador de ruedas que tenía el taller lleno de reproducciones de Goya y de Velázquez. No se lo tomaron en serio porque Ramón no es lo suficientemente frívolo. La mayor parte de los artistas de este mundo pierde el 80% de su tiempo acarreado "books", visitando galerías y abanicando "marchantes", bajando la cabeza, doblando su ambición, estudiando sus ademanes, diciendo -y escuchando- pomposas naderías alrededor de un plato de canapés. Ramón Expósito pierde un poco menos de ese tiempo vulcanizando y recauchutando neumáticos en un taller de Barcelona a cambio de un salario. Cambiar y reparar ruedas -que es, después de todo, un trabajo manual-, ¿no tiene más relación con el arte que comer canapés? ¿O que hacer una exposición de neumáticos viejos como metáfora de "la inanidad circular del discurso postmoderno"? Que Ramón Expósito sea un pintor desconocido y casi clandestino es su destino natural allí donde la publicidad agota el espacio público, pero le proporciona, al mismo tiempo, esas ventajas que a veces acompañan a una injusticia. Ramón no ha estudiado Bellas Artes, no ha tenido una formación académica -aunque ha frecuentado escuelas y maestros- y su forma de mirar debe más a una tradición que a una enseñanza; y esta circunstancia, que le cierra tantos caminos, aparta toda sospecha de los motivos de su pasión. Ramón trabaja duramente con las manos para ganarse la vida -y alimentar a una familia que ningún genio habría podido pintar tan

clara y tan hermosa-; y este inconveniente, que lo aísla fuera del mercado del arte, le da al mismo tiempo la libertad absoluta de mirar el mundo a rienda suelta. Ramón no llegó a la pintura ni desde una familia burguesa ni desde una escuela elitista; no llegó: él estaba ya allí al mismo tiempo que ella, en virtud de uno de esos milagros de la simultaneidad -entre dos imposibles- que llamamos o llamábamos "vocación". A Ramón no le interesan ni la fama ni el dinero; y si pinta no es por eso, como una lagartija no toma el sol para ser más rica o tener más amigos. Igual que una lagartija toma el sol, Ramón toma figuras, colores y cambios de luz desde su muro. Su relación con el arte es tan pura como la que existe entre el viento y la ropa tendida; o entre un poste y un pájaro. Pinta porque come, como ríe, igual que ruedan los bolos, se caen las ciruelas o nos sangra, de pronto, la nariz.

Queda por saber, eso sí, hasta dónde podría haber llegado, hasta dónde podría llegar la pintura de Ramón en una sociedad que fuese más justa no sólo con los hombres sino con la naturaleza; o si alguien por pintar le pagase lo mismo -pero no más, porque nadie quiere que lo recompensen por ser feliz- que cobra por cambiar y arreglar ruedas.

Ramón Expósito es además un sabio y que no sepa que sabe todo lo que sabe sólo aumenta la medida de su grandeza. Sencillamente habla como pinta: sin ponerse nunca en medio. A veces en verano, sentado en un poyete a la puerta de su casa de Hortichuelas, con la barriga al aire bajo el sol justiciero de Almería, Ramón resume siglos de reflexiones mayores con palabras como éstas: "Los cuadros se pintan solos y todo lo que uno puede hacer por ellos es estropearlos. Cuando siento que la próxima pincelada la voy a dar yo, me paro. Por eso lo difícil no es saber cómo empezar sino cuándo terminar un cuadro". Si no se pintan solos es mejor dejarlo; y si uno mete una pincelada individual, original, propia -eso que gusta tanto a los falsos artistas-, entonces todas las pinceladas subsiguientes tratan ya sólo de corregir personalmente la primera pincelada personal y de corregir también la segunda y la tercera que se trazaron contra ésta y así sucesivamente, en un desastre acumulativo que sólo la arbitrariedad más subjetiva puede poner fin. Nada desespera tanto a Ramón como la sensación de estar presente en su cuadro, de dominar él los trazos, de dirigir desde su cabeza la aparición de las formas y el desenvolvimiento de los empastes. Eso es pintura: uno se sume en lo que mira y cuando vuelve en sí se asombra ante la tela, con alegría o desilusión: "me ha salido así" y, salga bien o salga mal, la condición es siempre la de limitarse a obedecer al pincel, disciplinado por las severísimas reglas impuestas desde el lienzo por la verdad de piedra y sombra que se quiere repetir.

Porque para colmo -y esto aumenta su "anacronismo"- Ramón Expósito es un pintor clásico, uno de esos que, combinando dibujo, composición y color, nos vuelve a mostrar las cosas que todavía no hemos visto precisamente porque las tenemos delante de los ojos. Aún más: es un pintor de técnica impresionista del que no se hubiese avergonzado Sorolla; es decir, el pintor que con una mancha limpia el espacio para que lo atraviese la luz. Durante el invierno, prisionero en Barcelona, Ramón pinta botellas verdosas y tristes como las de Cezanne o desnudos modiglianescos que le sirven, sobre todo, para que la mano siga teniendo la experiencia de perderse. Pero cuando pinta de verdad es cuando vuelve, todos los veranos, a su mirada natal, al lugar donde le nació la mirada, al paisaje donde le está esperando su mirada: los cerros ásperos y limpios del Cabo de Gata, con sus ramblas amarillas erizadas de fantásticas pitas góticas, silenciadas por las sombras de las chumberas, grandes y mustias como orejas de elefante; esa tierra dura, escueta, repasada por el viento, repudiada por la lluvia, brutalmente santificada por el sol: las casas mineras de Rodalquilar, las torres desmoronadas del Playazo, las cortijadas de Fernán Pérez y de Hortichuelas, casitas bajas, cuadradas y blancas contra un cielo tan alto, dados desparramados en la palma tostada de una mano. Eso es lo que se le pinta a Ramón solo cuando se le deja ir entre las piedras; y cada uno de sus regresos es para todos nosotros, entendidos o legos, un acontecimiento. ¿Qué ha sucedido? Una pita verdadera, entre verde y añil, agarrada a un terraplén. ¿Qué ha pasado? Un cinabrio inesperado, un

cobalto, un violeta derretido en la pared. ¿De qué nos asombramos? De que el muro no se mueva, el árbol no hable, el cerro sea visible. En casa de Ramón, algunas noches, no hace falta encender la luz, tanta se desprende de sus cuadros.

El que quiera saber cómo es *de verdad* Almería, que no vaya a esa copia borrosa que hizo Dios hace un millón de años en el sur de España. Que acuda al original. Dios copió por adelantado los cuadros que Ramón pintaría siglos y siglos después de la creación; Dios creó a Ramón para poder copiar sus cuadros. Dios creó a Ramón para saber cómo son las pitas y las ramblas y las casas blancas; y así, cuando se puso a crearlas, le salieron *bastante* parecidas, *bastante* bien. Repetir el mundo es adelantarse un día a su nacimiento. Eso es precisamente lo que Ramón Expósito sabe hacer.

This document was created with Win2PDF available at <http://www.win2pdf.com>.
The unregistered version of Win2PDF is for evaluation or non-commercial use only.
This page will not be added after purchasing Win2PDF.